

Me ha caído Trapote

La escultura es la bella arte de las grandes formas, de las grandes músicas y de los grandes instantes, y el escultor es quien va por el mundo inmovilizando las eternidades y movilizándolo las emociones. El escultor es un dios que crea pero también un diablo que destruye, es pues el mejor iconoclasta y ahí la gran paradoja, la rica paradoja que merecería un grupo escultórico.

Trapote es un esclavo de la destreza artística y del buen gusto, sus creaciones, cuando son reducidas de tamaño pueden quedar bien en saloncillos burgueses con pretensiones pero también se acoplan en la buhardilla de uno de esos bohemios que tienen su escudo heráldico blasonado en chinchas y gastan un hambre histórica. Por el contrario, cuando Trapote construye piezas de gran formato, evoca con ellas los vientos, los campos infinitos, el mar de Castilla porque se trata de creaciones que quieren desvelar secretos eternos pero que tienen la delicadeza de quedarse a medio camino ya que los secretos eternos es mejor que no pierdan nunca esta condición. Son figuras las de Trapote que tienen pues movimiento, incluso vocación de palanca dispuesta a transmitir fuerza, pero que al mismo tiempo se afianzan con firmeza en el paisaje, con quietud de cumbre, como si fueran una mirada de piedra. En la entrada de la Facultad de Derecho de la Universidad de León, donde yo enseñé, hay una mujer de Trapote que lleva por título *Acogida* que responde a esta idea que aquí trato de esbozar, una mujer que es a un tiempo liberalidad y cortesía y que evoca el ademán de la independencia hospitalaria. Siempre que la veo me pregunto si esta mujer, con su aire de prisa fecunda, llegará algún día, a fuerza de hermoear el zaguán de la Facultad, a abogada o a magistrada aunque para eso tendría que adquirir una severidad artificial que no le va.

En un medio como el cultural y artístico, tan engolado y enhebrado por intrigas traicioneras, Trapote, sin vanidades y con bondad, va repartiendo su ración de arte y de optimismo ayudado por su risa franca y sus ojos desinteresados y pueriles. Trapote siempre va a su aire, que es el aire sin contaminar de las montañas, de los abetos robustos y de los artesanos descreídos.

Es entretenido reflexionar sobre el hecho de que el verdadero éxito de un artista se mida al cabo del tiempo por su aparición en un manual. De donde se sigue que todo buen artista termina como capítulo de libro o, meta suprema, como pregunta de examen. Así se dirá algún día:

-Vamos a ver, niño, ¿qué sabes sobre Trapote?

Y el niño así interrogado llegará a casa y dirá, despreocupadamente, dejando caer la cartera sobre el aparador:

-Me ha caído Trapote.

Esta es la mayor gloria que puede alcanzar un creador pues así resucita con ocasión de los exámenes de junio y de septiembre. Con exacta regularidad, dos veces

al año ese hombre vuelve a la vida. Por eso, el artista sueña con ser tema de la reválida como el torero ansioso de gloria sueña con la puerta del Príncipe de Sevilla. Por no haber reparado en ello hay escritores a quienes se les ve afanarse por conseguir el Nóbel y mueven Roma con Santiago por atraer hacia sí la mirada fugaz y fría de un sueco. Ignoran estos hombres que el Nóbel es puro oropel y que lo realmente definitivo es aparecer en una diapositiva en las pruebas de selectividad o en las de los mayores de veinticinco años. Se dirá en el futuro:

-Mi chico no ha acabado la ESO porque no supo donde nació Trapote.

Y es en esta frase, y sólo en ella, donde se cifra la verdadera entrada en la preciosa Historia.

Que es donde esperan con timbales a Jesús Trapote.